

fuéron calvinistas, se apartaron de la Vulgata latina, y contaminaron su versión y notas con el veneno de sus errores.

La cuarta versión, que se puede decir es la misma de Ferrara, se imprimió en 1630, y la publicó Menasse Ben Israel, judío portugués, en un tomo en folio, sin lugar de impresión, con el título: *Biblia en lengua española, traducida palabra por palabra de la verdad Hebraca por muy excelentes letrados. Vista y examinada por el Oficio de la Inquisición. Con privilegio del duque de Ferrara*. Al fin se halla esta nota: *Al leer y gloria de Dios fue reformada por Menasse Ben Israel 16 de Sebath 5590, Chr. 1630*. Esta versión se diferencia poco de la biblia Ferrariense. Solo se substituyeron en ella algunas palabras corrientes en lugar de las anticuadas, de que abunda la otra¹. Se reimprimió de nuevo en Amsterdam año de 1681 en un tomo en cuarto en casa de José Alhisa por R. Samuel de Cáceres.

En todas estas versiones se manifiesta bien el augusto carácter y la propiedad de nuestra lengua, para trasladarse á ella los Oráculos del Espíritu Santo, aunque no están admitidas en la santa Iglesia, por no haber sido católicas sus autores, porque no enderezaron sus trabajos á edificar la santa Casa del Señor, y por otros substanciales defectos que contienen. Pero en estos tiempos, en que se halla tan arraigada la fe católica en nuestra nación, y brilla en la monarquía española, extendida en las cuatro partes del mundo, la pureza de la religión sin mezcla de secta alguna; en que se han cultivado tanto los estudios de las santas Escrituras, y se han allanado las dificultades, que hacían arriesgado el uso de las versiones vulgares; y en que tantos hombres doctos y pios, y ejercitados en las lenguas han edificado á los fieles con sus acertadas traslaciones, no se podrá dudar de la utilidad é importancia que resultará á tantos millones de almas de la lección de las divinas Escrituras en la lengua nativa. Nunca mas que ahora exigen una biblia en idioma español España y su augusto monarca Carlos IV: aquella por su fe y por su sumisión á la Iglesia; y este por la grandeza de su ánimo, pureza de su religión, y gloria de su reinado.

Con este mismo designio el sabio rey de Castilla D. Alonso X fué el primero de los reyes de España que hizo que los sagrados Libros de la Biblia se tradujesen en lengua castellana² por los años de 1280. De la cual se conserva un ejemplar en la real Biblioteca del Escorial en cinco tomos en folio, y se compone de cinco partes intituladas: *Historia general donde se contiene la versión española de toda la Biblia, traducida literalmente de la latina de san Jerónimo*. El título del primer tomo dice así: *Primera parte de la general historia de los libros de la Biblia, y de las historias de los Gentiles hasta el fin de los libros de Moyses*. Pondré solo por muestra de este rico tesoro que tiene la nación, el último Salmo de David segun se halla en el tomo III.

« Alabado al Señor en los santos de él: alaballe en el firmamento de la su verdad de él: alaballe según la muchumbre de la su grandés: alaballe en suoro de bosina: alaballe en salterio y en cítara: alaballe en atamor y en coro: alaballe en cuerdas y en órgano: alaballe en esquielas » de cantar: todo espíritu alabe al Señor. »

El P. Mariana dice que el rey mandó hacer esta versión española con deseo de que aquella lengua, que era entonces grosera, se puliese y enriqueciese, persuadido que no dejarían los fieles de la mano aquel libro, donde hallaban escritas las palabras de la salud, y de la verdad, y de la vida eterna.

El rey D. Alonso V de Aragón á principios del siglo XV mandó hacer otra traducción española de la Biblia³, de la que se conserva igualmente un ejemplar en la real Biblioteca de S. Lorenzo en dos códices en vitela, escritos con el mayor primor, iluminados las iniciales de los títulos y capítulos, de oro y de bermellón⁴. Y la misma gloria se atribuye á D. Juan B. rey de Castilla, insignie protector de las letras, que reinó por el mismo tiempo⁵. No se puede omitir en este lugar la Biblia traducida en lengua valenciana, y es la misma, que la que muchos escritores llaman catalana, por D. Bonifacio Ferrer, doctor en sagrada Teología y en ambos derechos, prior general de toda la Cartuja, y hermano del bienaventurado san Vicente Ferrer; la que se hizo á principios del mismo siglo con intervención de otros varones de eminente doctrina: y en el año de 1478 fué impresa en la ciudad de Valencia, habiéndola visto antes, reconocido y

¹ Biblioteca del Escorial. Bibl. Esp. pag. 28.

² Mariana. Hist. de Esp. lib. xiv, cap. 7.

³ Orosio. Paul. Ep. lib. xiv, cap. 26.

⁴ Bibl. de Escorial. Esp. pag. 28.

⁵ Esta versión se atribuye con poca fundación al rey D. Juan II.

De las un traslación por R. Mayas. Anst. de la casa de R. Luis Com-

salva de Gossens, XIV. Noche del fin de la Calatrava, y mecenazgo como un precioso monumento en la casa de los duques de Alba. De ella de personal y escrito en el Dr. D. Joaquín Lorenzo Villaverde en el Apéndice III y se trata; de la versión de la Sagrada Escritura en lengua vulgar; donde está el texto.

corregido con la mayor diligencia el R. P. Jaime Borell, maestro en sagrada Teología, del orden de Predicadores, é inquisidor en el mismo reino; cuyas particularidades constan del mismo impreso, del que se conserva un fragmento en la Cartuja de Portoceli, donde tomó el hábito aquel sabio intérprete⁶.

El concepto de la utilidad y provecho que resultaba al común de los fieles de la lección de las santas Escrituras en su lengua propia, empujó la autoridad y religión de tan grandes monarcas para la ejecución de estas traslaciones. Y resultará igual beneficio, siempre que la santa Escritura trasladada en lengua vulgar se lea con espíritu de humildad y devoción.

§ IV.

DIFICULTAD GRANDE QUE SE ENCUENTRA EN HACERSE ESTAS TRASLACIONES: QUE DÉTENDRÁ OTRA PRESENTAR PARA ELLA.

Pero si el trasladar de una lengua á otra, considerado esto en general, es una obra muy difícil y escabrosa, lo es sin comparación mucho mas la de dar en lenguas vulgares los Libros sagrados, para que anden en las manos de todos, por el grande peligro que hay de exponer como palabra de Dios, lo que tan solamente es pensamiento, imaginación, ó capricho del que los traslada. Por esta razón en todos tiempos han sido miradas con el mayor aprecio y veneración, las que hicieron aquellos hombres doctos, que, ajustándose religiosamente á las palabras del texto sagrado, no se cuidaron de parecer muchos veces desaliados y aun bárbaros en su propio idioma, á trueque de no faltar en un ápice á la fidelidad y respeto con que deben ser maneadas aquellas Escrituras, que tienen por autor al mismo Dios. Pero como la delicadeza de los oídos de nuestros días no se halla al por menor en estado de sufrir semejantes traslaciones, por eso he creído conveniente detenerme aquí un poco para tratar de propósito este punto, y hacer ver que, cuando se habla de las de los Libros sagrados, se deben respetar y guardar hasta los apices del original, si es posible: para lo cual, después de sentar aquí algunos principios sobre los que iré fundado todo mi método, pasaré á dar satisfacción á los reparos y dificultades de los que son de contrario parecer.

El que solamente posea los primeros conocimientos de las lenguas, no puede ignorar que todas ellas tuvieron su cuna, su niñez y juventud, hasta que por grados llegaron al estado en que se hablaron y escribieron con mayor pureza. Tampoco puede ignorar que los que sucedieron á esta feliz época, y quisieron substituir voces de fantasía, ó tomadas de otras lenguas, á las que le eran propias, dieron por la mayor parte en el extremo de hablas con sobrada hinchazón, con poca propiedad, y sin el menor aliño. Esta verdad, que se puede hacer patente con la lastimosa catástrofe que padecieron todas las lenguas, se demuestra hasta la evidencia, con la que han sufrido las dos, que nos son mas familiares, la latina y la castellana. Todas saben cual fué el dichoso tiempo en que estas llegaron á su mayor perfección, y como corriendo las dos una misma suerte, fueron poco á poco perdiendo su primer lustre y degenerando de su antigua majestad, pureza y fluidez por el abuso de los escritores que después sobrevinieron, hasta que, pasados muchos años, cayendo no pocos en la cuenta, y lastimados de ver sus propias lenguas tan desfiguradas, se aplicaron con el mayor esmero á restituirlas sus propios y naturales colores, de que las venían tan injustamente despojadas. Por lo que hace á la latina, tuvieron el mejor suceso los comentarios de aquellos hombres prudentes y juiciosos; pues hallamos en todas las naciones, y singularmente en la italiana, muchos escritores de un mérito muy relevado, que la han tratado y tratan con una pureza comparable á la del siglo de Augusto. Mas por lo que mira á la castellana, no sé si me atreva á decir lo mismo; y aun me inclino á afirmar que está tan lejos de aquella majestad, fluidez y naturalidad á que llegó, que son muy pocos los escritos de nuestros tiempos, que puedan ponerse al lado de los del siglo XVI.

Causa verdaderamente admiración que se hayan hecho tan conocidos progresos en la restauración de la lengua latina, y que padezca la nuestra un afrezo tan considerable en esta parte. Pero nada extrañaremos si, entrando sin preocupación á indagar la causa verdadera de esta diferencia, conocemos y confesamos de buena fe que llevamos errado el camino, y que no se guí-

⁶ Véase en la Biblioteca de Madrid, pag. 458.

A. T. T. I.

nos el que aquellos trillaron para restituir la lengua latina á su primitivo lustre. Estos poetas, desechando todas aquellas voces nuevas y peregrinas que se habían introducido, á excepción de aquellas que ó por necesidad, ó porque no había otras, adquirieron legítimo derecho entre las latinas, se dijeron á no usar de otras, que de las que hallaban autorizadas con el uso de los escritores mas puros del siglo de Augusto; y por este medio llegaron al fin que se habían propuesto. Por manera que el que pretende escribir el latín con pureza y propiedad, ha de poner necesariamente la mira en que se parezca lo que escribe á lo que nos ha quedado de aquellos tiempos, en que tuvo su mayor perfeccion la lengua latina; y el que se aparta de este rumbo y sigue otro, da consigo al través, y cae en un estilo bárbaro, impropio, y por lo común muy hinchado y duro. Pues á este mismo modo entiendo yo que es vano pretenderá hacer alarde de que posee la pureza y perfeccion de la lengua castellana, el que, en lo que escribe y habla, no se acomoda al estilo y expresion que admiramos en los escritores mas puros del siglo XVI; y que los que no siguen este camino, y dejando el uso de las voces propias y nativas, las substituyen otras nuevas y extranjeras, en vez de enriquecerla, la empobrecen, la deforman, la corrompen y aditeran.

La substitucion ó introduccion de nuevas voces debe hacerse siempre con el mayor tiento, y tomándolas, si puede ser, de las lenguas eruditas. Los antiguos Romanos, aun en la época mas feliz de la suya, habiendo tomado de los Griegos los conocimientos de las ciencias, de ellos oíen recibir voces nuevas para enriquecer la propia; y esto lo hicieron con la cautela y parsimonia que advierte Horacio en su Arte Poética: *Parsæ deditur*. Se advierte igualmente que estos mismos Romanos, cuando escribian en diálogo ó en otros géneros que pidan estilo peculiar, hicieron uso, no solamente sin nota de afectacion, sino por el contrario, con la mayor gracia, de muchas voces antiguas, que en el lenguaje común y corriente hubieran merecido mas justa censura y reprehension; y así no veo, porque no se puede hacer lo mismo en nuestra lengua, cuando lo pida la materia. Yo creo que, si hay alguna en que esto pueda y deba tener lugar, es en la traslacion de los Libros sagrados, cuando puede ser conducente para dejarla mas literal y perecida en un todo al original, como prudentemente lo han practicado los hombres mas doctos de nuestra nacion, que, conociendo cual debia ser su oficio, se aplicaron á trasladarlos á nuestra lengua.

Sentados estas innegables principios, preguntamos ahora qué género de traslacion deba preferirse para volver de una lengua á otra las sagradas Escrituras, y con especialidad á las vulgares. Será mas oportuna la que, aunque sigue el sentido literal, degenera en paráfrasis; ó aquella, que, en quanto es posible, no se aparta un punto de la letra, y aun, si puede ser, del orden mismo que en el original tienen las palabras?

Yo bien sé que de luego á luego decidirá contra mí los que, acostumbrados á las versiones francesas, entre las que no se encuentra ni una sola de las modernas, que no tenga resabio de parafística, pretenden que basta atender al sentido literal, para que la version quede corriente y sin tropiezo, á oíera del oído; pero al mismo tiempo no dudo que sentirán diversamente, y se conformarán con mi dictamen, los que se hayan familiarizado un poco con las que hicieron nuestros antiguos Españoles, que por el respeto debido á la palabra de Dios, y por no faltar al sentido, ni determinarlo, siguieron constantemente la letra, y guardaron con tenacidad las palabras de los textos originales. Las razones que tuvieron para hacer esto, son las mismas que á mí me mueven para imitarlos; y las apuntaré aquí, para que los lectores no extrañen, si en algunos lugares, por seguir la letra, dejó el sentido indeterminado, el orden de las palabras inverso, y la locucion con resabios de anticuada; y espero que, si pesan la gravedad de ellas sin preocupacion, y como lo pida una materia tan delicada, medarán de parecer, y firmarán á favor de las traslaciones literales.

Dios, que fué el que inmediatamente inspiró los sagrados Libros, hubiera podido dictar sus Oráculos con palabras claras, sin sombras ni figuras, de manera que todos con la mayor facilidad pudiesen entenderlos. Mas no lo hizo así, sino que, acomodándose en la expresion y en el estilo al instrumento de que se servia para promulgarlas, dejó en muchos lugares obscuro, figurativo é indeterminado su sentido. Esto exigía la majestad del que las anunciaba, y la gravedad de los misterios que contenían. Pues si esto hizo Dios en las lenguas originales en que los dictó, ¿qué causa puede haber, para que estos mismos Oráculos trasladados á otras lenguas, deban comparacer en otro traje que aquel, que los haga parecidos á los originales, de donde son sacados?

La Iglesia, que es maestra de la verdad y fiel intérprete de la voluntad de Dios, en todos tiempos ha usado de la mayor economia en orden á promulgar las versiones vulgares, recalcando siempre de que la ignorancia ó malicia de los hombres altera, muda, añade, ó quite ni una coma, en lo que sabe que fué inspirado por Dios; y de que por este medio se convirtan en palabras, expresiones y sentimientos humanos, los que no reconocen otro Autor, que al Espíritu Santo. Y mucho mas habiendo visto por experiencia que, abusando muchos de esta libertad, movidos de un espíritu de soberbia, y siguiendo su particular modo de pensar, han adulterado el sentido, dando lugar á infinitos errores, ó apoyando con la libertad que se tomaron en las traducciones. Por estas poderosas razones fueron tan escrupulosos nuestros antiguos traductores; pues quisieron mas bien parecer ineptos en el lenguaje, y vizcainos en las expresiones, dejándolas obscuras, y muchas veces al parecer sin sentido, que faltar á la fidelidad de la letra, ó exponerse á alterar la palabra de Dios. Y es muy digno de notar lo que ejecutó, y dejó escrito á este propósito una de las mas brillantes lumbreras y ornamentos, que tuvo el siglo XVI, el maestro fray Luis de Leon. Este insigne escritor trasladó en prosa y en verso á nuestra lengua, con la mayor fidelidad de ingenio, no pocas obras de los antiguos autores profanos, griegos y latinos. Tenemos impreso el libro de Job, que él volvió del hebreo á nuestra lengua, y se conserva igualmente manuscrito el del Cantar de los Cantares de Salomon, traducido y anotado por él mismo. Pero se nota tal diferencia entre las traslaciones que hizo de los escritores profanos, y entre las de los Libros sagrados, que parece en las de estos segundos otro personaje muy diverso, del que representa en las de los primeros, y en todos los otros prediosos escritos suyos que nos han quedado; y aun esto mismo se advierte entre la version literal del Libro de Job que hizo, y la parafística en verso, que la acompaña. Mas para que no nos quede la menor duda acerca de su modo de pensar en esta parte, copiaremos aqui lo que escribió en su prólogo al libro de los Cantares.

«Acuerda de lo primero, dice este grande hombre hablando de volver en nuestra lengua palabra por palabra el texto del Libro de Job, procuré conformarme, cuanto pude, con el original hebreo, cotizando juntamente todas las traducciones griegas y latinas que de él hay, que son muchas; y pretendí que respondiese esta interpretacion con el original, no solo en las sentencias y palabras, sino aun en el corriente y aire de ellas, imitando sus figuras y modos de hablar y maneras, cuanto es posible á nuestra lengua, que á la verdad responde á la hebreo en muchas cosas. Ha donde podrá ser que algunos no se contenten tanto, y les parezca que en algunas partes la razon queda corta, y dicha muy á lo viejo, y muy á la vizcaina, y que no hace corresca el hilo del decir, pudiéndolo hacer muy facilmente con mudar algunas palabras y añadir algunas otras; lo que yo no hice por lo que he dicho, y porque entiendo ser diferente el oficio del que traslada, mayormente escrituras de tanto peso, del que las explica y declara.

«El que traslada, ha de ser propietario y cabal; y si fuera posible, contar las palabras, para dar otras tantas, y no mas ni menos, de la misma manera, cualidad, y condition, y variedad de significaciones, que tienen los originales, sin limitalles á su propio sentido y parecer, para que los que leyeron la traducion, puedan entender toda la variedad de sentidos, á que de ocasion el original, si se leyere, y quedan libres para escoger de ellos, el que mejor les pareciere. Que el extendiese diciendo, y declarar copiosamente la razon que se entiende; y guardando la sentençia que mas agrade, jugar con las palabras, añadiendo y quitando á nuestra voluntad; eso quedese para el que declara, cuyo oficio es.»

Parece fué tambien esta la mira principal que tuvieron los traductores de la célebre Biblia Ferrariense; porque, si volvemos los ojos al tiempo en que la hicieron, bien cierto es que, estando entonces la lengua española en mucho suyo y pureza, no se hablaba en el estilo y con las expresiones, que se han en dicha traslacion. Pero fueron tan religiosos aquellos hombres en esta parte, que para interpretar la divina palabra, insistiendo en la doctrina de sus mayores, siguieron con el mayor escrupulo las versiones españolas, que por su antigüedad, sencillez y largo uso de las sinagogas, se habían alzado con el crédito y veneracion de todos. Y aun hicieron mas: pues, cuando en las versiones que tenían entre manos, hallaban variedad en la significacion de alguna palabra, despues de haber consultado á los hombres mas doctos, la notaban en el texto con el mayor cuidado, como de dudosos y diversa significacion, que esto significan las estréllitas, que se advierten en el texto de dicha Biblia; y con dos modos circulos señalaban lo que ca fuera de la letra hebraica, que sirve para la declaracion del sentido; siguiendo en lo demás con tanta delicadeza la letra del texto, que, aunque no han fallado algunos que la han tenido por superflua, esto no obstante en todos tiempos ha merecido el aprecio

de los hombres mas doctos, como despues veremos. El mejor método de trasladar los libros sagrados es, según la letra, el orden, la sintaxis y la significacion primitiva de las palabras.

Mas para que no se crea que este espíritu es el que movió solamente á nuestros antiguos Españoles, cuando emprendieron la grande obra de dar en lengua vulgar las Divinas Escrituras, quiero tambien trasladar aqui lo que se lee sobre este mismo punto en el prólogo de la traducción inglesa del Nuevo Testamento, que dejamos ya citada. Bien pues sus traductores de esta manera: «Una sola cosa aseguramos á nuestros lectores, y es que, temiendo errar en una obra tan sagrada, hemos procurado el acierto con oraciones y súplicas al Señor: y la hemos trabajado con toda diligencia y sacerdotil, sin tomarnos mas licencia, que la que se permite á los traductores de las Santas Escrituras. Nos hemos ligado al texto, cuanto nos ha sido posible, y aun á las mismas palabras y frases, que el tiempo y el largo uso ha hecho venerables, no obstante que á los ojos profanos parecerán duros y bárbaros, como parecerán al principio todas las expresiones de la Escritura á los que llenen semejantes ojos. Hemos observado este religioso respeto, porque conocemos con S. Jerónimo, que es los dones escritos hasta traducir el sentido; pero en las Escrituras, por no omitir el sentido, es necesario conservar y guardar las mismas palabras». Debemos, dice S. Agustín, hablar según la regla establecida; pues de lo contrario la licencia ó libertad de usar de estas ó aquellas palabras, puede dar motivo á algunas opiniones impías tocante á las cosas contenidas en las palabras. Los santos padres y doctores antiguos fueron tan mirados en esta parte, que se quisieron mudar ni aun los barbarismos ó irregularidades de la expresion, que por un largo uso habian prevalecido en las antiguas lecturas de las Sagradas Escrituras... S. Jerónimo mismo, que corrigió la version latina que estaba en uso antes de él, conservó muchas de estas expresiones irregulares. Y S. Agustín, que es religiosísimo en todas estas frases, reprobaba y mira como una especial soberbia y debilidad la de aquellos, que, teniendo alguna instruccion en las lenguas, se escandalizan de las expresiones sencillas y sencillas, que se hallan en las Escrituras.

Y mas adelante añaden aquellos sabios intérpretes: «En esta version que hemos hecho, seguimos con mucha precision y religiosidad á la Vulgata latina, no solo en el sentido que es, pero tambien en las mismas palabras, y aun muchas veces en las frases: lo que parecerá al simple y vulgar lector, y á los ojos del pueblo no acostumbrados á tales frases, rusticidad ó ignorancia; pero el discreto lector, que pesa y considera profundamente la importancia de las sagradas palabras y expresiones, y con facilidad el traductor libre y voluntario puede omitir el verdadero sentido del Espíritu Santo, estamos persuadidos que tendrá nuestra conducta en este punto por racional y aun necesario: y aun creemos que todos los lectores católicos se harán familiares en breve tiempo con estas mismas expresiones, que al principio les parecerán extrañas, y las estimarán despues mas, porque les ha costado mas dificultad el entenderlas, que las costaría, si fuera el lenguaje comun y corriente.»

Por todas estas razones y por otras muchas, que, por no alargarme demasiado, dejo de alegar aqui, de ningún modo puedo conformarme con el método de aquellos, que, por conservar el giro y expresion propia de su lengua, hacen una traslacion, que aunque no sea en rigor parafrástica, deja tambien de serlo de la letra. Bien cierto es que, añadiendo, quitando, ó mudando algunas ó algunas palabras, como quisiera el Maestro Leon, puede fácilmente quedar corriente, y sin la obscuridad que se halla en el original. Y así es como debe ser, replican los defensores de la paráfrasis; pues, cuando se hace con todo el rigor de la letra, es casi superflua para todo género de personas, quedando tan obscura ó mas que el original: lo cual será igualmente inútil para el que entienda esto, que para el que no lo entienda. Pero esta razon, á mi parecer, no tiene la menor fuerza; pues es cosa sabida que, para que una copia sea fiel, debe parecerse al original, y representarle perfectamente, conservando los mismos claros y oscuros que hay en él: y que, si se deja de serlo, siempre que en ella se procuran enlazar y aclarar los oscuros del original. Si hubiera de prevalecer el dictamen de estos hombres, sería inútil las versiones de los Setenta y la Vulgata, en las que se conserva la misma obscuridad que en los originales, y muchos de sus idiotismos: todo lo cual hubieran podido á poca costa evitar los que las hicieron, añadiendo, qui-

tando, mudando, y reduciéndolas al genio peculiar de la lengua á que las trasladaban: por la misma razon serán tambien inútiles, las que con la mayor fidelidad y puntualidad se han hecho en todas las lenguas, y las que por el mismo estilo se hallan en nuestro idioma impresas y manuscritas. Pero veo que es muy diferente el concepto y aprecio que en todos tiempos han merecido á los hombres grandes y doctos, que las han manejado, conociendo su mérito extraordinario y su grande dificultad.

No han faltado algunos críticos que, por lo que hace á la de Ferrara, la han calificada de nimia y neciamente supersticiosa¹, de afectada y nada inteligible; y por consiguiente de poquísima ó de ninguna utilidad para los cristianos². Pero como advierte muy bien Juan Bernardo de Rossi³, que en esto sigue el dictamen de S. Agustín, cuando se habla de materias tratadas en lenguas extranjeras, el voto de los que no las entienden, no debe prevalecer sobre el de los hombres mas doctos de las mismas lenguas, que son los que con mayor conocimiento pueden decidir en ellas. Nicolás Antonio⁴, hablando de esta misma Biblia, dice lo siguiente: *Ferrariensem interpretationem utilissimam esse iis, quibus hujusmodi versionibus uti licet, ad acquirendum litteralis Bibliorum sensum, et conferendam cum antiqua illa presentem Hispanicam nostram linguam, atque ejus vocabula. Y Casiodoro de Retya⁵, cuyo voto en esta materia no es de despreciar, se explica tambien en estos términos: «De la vieja traslacion española del Viejo Testamento, impresa en Ferrara, nos habemos ayudado en semejantes necesidades, mas que de ninguna otra que hasta ahora hayamos visto, no tanto por haber ella siempre acertado mas que las otras en casos semejantes, cuanto por darnos la natural y primera significacion de los vocablos hebreos, y las diferencias de los tiempos de los verbos, como están en el mismo texto; en lo cual es otra de mayor estima (á juicio de todos los que la entienden) que cuantas hasta ahora hay.» En suma, valiéndonos de la doctrina de S. Agustín⁶, reducimos á dos todas las reglas de Interpretar. Primera, observar con exactitud las palabras. Segunda, procurar la claridad de la senten- cia. Y cuando no se puede expresar con claridad la senten- cia, sin abandonar las palabras, ó sin mezclar extrañas? Debe entonces guardarse firmemente la primera regla, y pasar por alto la segunda; porque esta solo tiene lugar, cuando no se opone á la primera siempre inviolable.*

Pero como esto no pueda hacerse sino á costa de muchísimo trabajo y meditacion, de esto es, en mi juicio, de lo que se huye comunmente. Que se prueben estos, que tienen facilidad en la locucion y en la paráfrasis, á traducir según el rigor de la letra un solo capítulo de la Biblia á eleccion suya, y probarán por propia experiencia que los cuantos autores y traductores esto, que á primera vista tendrán por cosa muy hacendera; y entonces por necesidad habrán de confesar que cuanto es mas fácil la traslacion que se hace supliendo, quitando, ó mudando palabras, otro tanto es mas difícil, cuando se trata de hacerla parecida al original, sin la libertad de quitar ó de poner arbitrariamente. Siguen los mismos defensores de esta libertad oponiendo que, si cotejamos las versiones que tenemos de S. Jerónimo en el Testamento Viejo de la Vulgata, y el ajuste que hizo del Nuevo con el original griego, se hallará que no son tan conformes á los textos originales como pretendemos; y por consiguiente que podemos seguir la libertad que suponen haberse tomado el santo en sus traslaciones de los libros sagrados. Y estos son los argumentos mas poderosos de los modernos traductores de la Biblia; pero que nada persuaden á los que, teniendo algun caudal de critica, saben muy bien cual fué el modo de pensar de este grande doctor en esta parte, el de S. Agustín y el de otros padres, como dejamos notado arriba; y tambien las alteraciones no substanciales, pero substanciales la divina Providencia no permitió que sucediesen, que han padecido los textos de la Biblia por descuido, omision ó otros defectos de los que los copiaron. Razon, que obligó á los padres del Concilio del Trento á fijar, como regla de nuestra fe y creencia, el texto de la Vulgata, como el mas correcto y fiel que se encontraba. En vista de esto debemos decir que las traslaciones que hizo S. Jerónimo, fueron á la letra y conformes en todo á los originales que entonces tuvo presentes, y que sin disputa serian los mas correctos, ya por la parafraza y grande juicio del santo en escogerlos y entresacarlos, y ya tambien porque vivió en tiempos mas cercanos á su origen, y en que no se habia dado lugar á que se alterasen tanto, como despues sucedió en los tiempos posteriores, en que, habiéndose multiplicado excesivamente las copias y la ignorancia, por un efecto de la condicion humana,

¹ Ad Rom. 1. In epistolam generis interpretat. Epist. 1. Cap. 2. In principio. Hec enim non solum fateri, sed etiam non potest, in his interpretacionibus Græcorum, quibus scripturae sanctæ, ubi in versione sunt, et interpretaciones ipsæ non solum à recte, sed etiam à recte sunt.

² De Civit. Dei, lib. 2. Cap. 12.

³ Pref. in Ev. Evangelii ad Romanos. Comment. in Cap. 2. et in Epist. ad Rom.

⁴ De Doctr. Christ. lib. 1. Cap. 2. et Tractatus in Evangelium.

⁵ Ardores Pontificis. Amaldeo. Hec, ad Romanos. Tractatus in Epistolam.

⁶ S. Agustín. De Doctr. Christ. lib. 1. Cap. 2.

⁷ Concilio. de Typograph. Helveti. Tractatus pag. 22.

⁸ Biblioth. Hispan. V. 1. Part. 1. pag. 306.

⁹ De el. princip. a. m. traditum.

¹⁰ De August. de Doctr. Christ. lib. 1. in hunc præfatum, qui est de his, quibus scripturae sanctæ, ubi in versione sunt, et interpretaciones ipsæ non solum à recte, sed etiam à recte sunt.

ne debían también multiplicar necesariamente las alteraciones. No ignoraba S. Jerónimo el latín, pues sin disputa se le debe dar la preferencia en el conocimiento y manejo de esta lengua sobre todos los escritores de su tiempo: hubiera podido con poquísimo trabajo habernos dado sus traducciones libres de hebraísmos, helenismos y de obscuridad, solamente con mudar, quitar ó añadir algunas palabras; mas no lo hizo por respeto á la palabra de Dios, y por no exponerse á alterar ni determinar su sentido. Y así hemos de decir que la traslación que tenemos de S. Jerónimo, es en todo rigor conforme á la letra de los originales que tuvo entre manos. Y esta verdad se prueba también con los muchos códices hebreos y griegos que en el día se conservan, y en que se leen variantes, que corresponden perfectamente á la lección que tenemos en la Vulgata: como se puede ver en las últimas hebreas de Kennicott en Londres, y de Rossi en Parma; en la Sixtina de los Setenta y del Nuevo Testamento, en Roma, y en París, y en otras muchas.

Esto solo pudiera y aun debiera tapon la boca á los que se inclinan al partido de la parafrasis, si no siguieran defendiendo su causa, y alegando que, para disipar la obscuridad que queda en las traslaciones á la letra, y para suplir otras faltas que de aquí nacen, son necesarias notas y notas, que sirvan como de luz y guía para caminar entre tinieblas; de todo lo cual resulta un trabajo impropio y sumamente molesto al autor y al lector; porque á cada palabra se ve en la precisión de tener que recurrir á la nota, lo cual es una prueba manifiesta de la obscuridad ó inutilidad de semejantes traducciones. Si como concedemos la primera parte de esta consecuencia, concediéramos también la segunda, debíamos confesar que, por ser tan obscuro ó mas el texto de la Vulgata que el de los originales, han sido vanas las fatigas y sudores de tantos y tantos comentadores suyos, que han llenado volúmenes sin cuenta, con el fin solo de explicar la letra, y para que quedase claro su sentido. Pudieron estos habernos dado un texto de la Biblia entremetido de otras palabras, que le aclarasen y determinasen, y haberse ahorrado por este medio el impropio trabajo de escribir tantas notas sobre el texto, excusando á los lectores el tedio de tener tanto que leer para entenderlo. No lo hicieron así, ni lo debieron hacer, como es notorio; pues porque se considera esto como necesario en la exposición del texto latino de la Vulgata, y no lo ha de ser en la de una versión vulgar, que debe ser en todo conforme á él, mayormente cuando ha de andar en las manos de todos sin la menor ocasion de tropiezo, y sin que á cada particular quele la libertad de interpretarlo á su capricho? Ya se ve que esto no puede ser sin muchas notas en sentido legítimo y católico, que es como permite la Iglesia las versiones vulgares. Y aun cuando se permitiera alguna libertad en los libros mas fáciles y menos oscuros de la Biblia, como son por la mayor parte los históricos, no puede esta tener lugar en los otros, en donde se encierran los arcanos y misterios mas sagrados, y en los que, como afirma S. Agustín, la profundidad de la sabiduría, tanto en las palabras como en el sentido es tan maravillosa, que, aunque virá un hombre muchos años y sea de elevadísimo ingenio, muy estudioso, y aplicado á adquirir el conocimiento de ella, cuando llegue al fin de sus días, confesará que no hace mas que empezar. Y S. Jerónimo añade que el sagrado texto tiene una cáscara muy dura, y que es necesario romperla antes de llegar á gustar el medio y la substancia que dentro encierra.

Todas estas graves y poderosas razones que he querido alegar aquí largamente, son las que si me han movido á procurar no separarme un punto, en cuanto han podido alejarse mis débiles fuerzas, del camino que siguieron y trillaron nuestros mejores traductores antiguos, que con la mayor felicidad emplearon todos sus estudios y tareas en esta laboriosísima y difícil empresa. Yo bien sé que me quedo muy atrás de todos ellos; pero, como al mismo tiempo no les concedo ventajas en el deseo de acertar, me contentaré con exponer aquí los medios de que me he valido, para ir siguiendo muy de cerca todos sus pasos.

S. V.

MÉTODOS QUE HE SIGUIDO CONSTANTEMENTE EN LA PRESENTE TRASLACION, Y EN LA EXPOSICION DE SU TEXTO.

Confieso ingenuamente que, entre las muchas versiones de varias lenguas, que he tenido presentes para hacer la mia, las principales han sido las francesas mas acreditadas de Sacy, Cap-

rieux, Vanes, Maaseguy y otras muchas. Pero al mismo tiempo debo decir sencillamente que cuanto estas me han sido útiles para entender muchos lugares oscuros de los Libros sagrados, que frecuentemente me he aprovechado de sus notas y observaciones, otro tanto he procurado desviarme de su método de traducir, que en todos ellos, ó es parafrástico ó es acerca á él. Fuera de estos he consultado, leído, y meditado muy de asiento los muchos y preciosos manuscritos del siglo xiii y xiv, que de varias traslaciones de los textos originales hebreo y griego, y del de la Vulgata á nuestra lengua, se conservan en la Real Biblioteca del Escorial, y que la bondad de nuestro monarca ha mandado que sin excepcion ni tasa se me franqueen para llevar adelante una obra, que exige la mayor atencion y los desvelos de no pocos años, y no de un hombre solo, sino de muchos aplicados á esto solo. Estas pues y las otras Biblias españolas, que se hallan impresas, son las que me han servido de guía y de maestras para hacer la version de los Libros sagrados. Por tanto la que ofrezco al público, es á la letra de la Vulgata latina, á la que he procurado ceñirme y ajustarme, cuanto me ha sido posible, y aun seguir por la mayor parte el mismo orden, que tienen las palabras en el texto, aunque de ello no pocas veces resulte alguna disonancia en nuestro común y corriente uso de hablar. Mas aunque esto es así, no por eso he dejado de consultar los originales, cuando lo he creído necesario, y añadir de estos las variantes que me han parecido merecer alguna consideracion.

Cuando digo que he procurado ceñirme y ajustarme cuanto me ha sido posible á la letra, no por eso se entienda que he dejado de imitar la práctica de los hombres mas eminentes, y que con mayor acierto y aceptación hicieron sus traslaciones, los cuales no faltaron, ni creyeron faltar á la fidelidad que se propusieron, emitiendo en ellas algun pronombre, como *ego, tu, ille...* ó alguna de las conjunciones *et, autem, quidem* y otras particulas semejantes, cuando no son calísticas, ni en omision perjudica al sentido, por común, en nuestra lengua, ó no son necesarias, ó se sobreentienden fácilmente, como sucede también en el griego y en el latín. Tampoco he creído faltar, poniendo el nombre propio por el pronombre, el singular por el plural, ó al contrario; ó expresando en activa los pasivos, ó en pasiva los activos, ó reduciendo los participios y los verbos á sus tiempos equivalentes; pero esto rara vez, y no sin causa. En una palabra, he puesto una atencion muy particular en evitar tres defectos, que, como se advierte en un prólogo de una traduccion francesa, aunque en ella se incurre frecuentemente en los mismos, se oponen diametralmente á la exactitud, que pide una traduccion literal de la Escritura. La parafrasis, en la cual se completan muchas palabras para explicar lo que se puede con menos, por atender á que quede la sentencia mas pulida: el excluir, sin que la necesidad obligue á ello, alguno de los sentidos legítimos, que pueda recibir el texto sagrado, determinándole á uno particular; y últimamente, el mudar, sino en caso muy necesario, el giro y la manera de la expresion, aunque se conserve el fondo del pensamiento: pues no hay ningún inconveniente, en que quede en la version aquella obscuridad, que se advierte en el mismo texto, tan conforme á la majestad y carácter de los divinos Libros, y que puede aclararse en una nota, supliendo en ella lo que sea oportuno.

Asimismo, por lo que mira á algunas voces y expresiones hebreas, que usaban los apóstoles, aun cuando hablaban y escribian en griego, y otras tambien griegas, que se conservan en la Vulgata, las he dejado sin tocar, mirándoles con el mayor respeto, por el origen que tienen, y porque pierden toda su fuerza y energía, cuando se quieren explicar por otros términos ó parafrasear. A este modo uso de las palabras *Amen, Aleluja, Hosanna, Aod, Belial, Corban, Paracece, Pascua, Fiesta de los Azymos, Pentecostes, Phylacterias, Colix, Presbyteros, Diaconos, Hostias, Holocaustos*, y otras muchas como estas, que proceden inmediatamente de las que se leen en la Escritura. Además de esto, en los lugares mas difíciles no he querido suavizar, ni moderar las expresiones ó frases, sino que las guardo palabra por palabra, por temor de omitir ó limitar el sentido del Espíritu Santo, según nuestra fantasia. Algunas veces sigo de propósito las frases de la Escritura. *El aserno del fuego. Pasemos y veamos esta palabra, que ha sido hecha.* Luc. ii, 43, en donde se podía decir *esto que ha sucedido*, según la frase hebrea; pero hay una cierta majestad y mayor significacion en dichas expresiones; y como estas se guardan en el griego y en el latín, no parece justo que seamos tan delicados y melindrosos en suplir las palabras é idiosmismos de la Escritura, cuando las trasladamos en nuestra lengua; pues con tanta facilidad admitimos y seguimos nuevas palabras y frases de lenguas extranjeras, y acuérdanos en la corte, y

que á cada paso me hallan en los escritores de estos tiempos que se confirman con el estilo de ellas. Todas estas reglas se hallan también apuntadas en el prólogo del Testamento Nuevo inglés de que ya hemos hablado.

En cuanto á la elección de voces, he procurado valerme de aquellas que son mas claras y expresivas, y particularmente de las que se hallan calificadas y autorizadas con el uso de los escritores mas puros del siglo xvi. Algunas vez me he detengo en usar de alguna que se lee en los escritos que precedieron á dicho siglo; pero me fomo esta licencia con la mayor economía, y solamente cuando puede conducir para explicar mas vivamente la fuerza de la palabra original.

Para suplir esto de algun modo, y para dar al mismo tiempo una muestra de las riquezas que poseen nuestra lengua en la copia y variedad de sus voces, y asimismo el poco respeto con que la han tratado sus mismos hijos, despojándola de sus propios y nativos adornos, para vestirla de otros extraños y postizos, he querido ir notando no pocas expresiones y palabras, que se leen en dichos manuscritos, y algunas de ellas tan vivas, que las que el presente tenemos, y les han sido substituidas, de ningún modo se les pueden comparar. Esta sola razón debiera despertar el zelo de los verdaderos Españoles, para que se aplicasen á introducir las de nuevo, dando de mano á las extranjeras, y que no explican lo que ellas.

Por lo que mira al uso de los artículos, como el latín carece de ellos, y el sentido por esta causa suele estar dudoso, para llevar alguna regla cierta, y usar de ellos ó no en la traslación, he procurado no perder de vista y seguir paso á paso los textos originales. Se acomoda en esto tan exactamente nuestra lengua á la griega y aun á la hebrea, que casi sin dificultad se pueden expresar en castellano, cuando se leen en el griego ó en el hebreo. Pero aquí me es forzoso levantar altamente la voz, y quejarme de nuevo, al verla ya despojada en gran parte de una singular prerogativa, de que antes no carecía. Nuestros antiguos Españoles, incluyendo los del siglo xvi, usaban frecuentemente de los artículos, cuando los substantivos iban acompañados de los pronombres posesivos. Decían por ejemplo: *La nuestra gloriosa es esta*, en perfecta correspondencia del griego *ἡ ἡμετέρα*; *quién miró á mí*, pero los que vinieron después, no sé por qué motivo, los suprimieron enteramente, sin atender á que privaban su propia lengua de un idiomatismo, que expresa con la mayor viveza toda la fuerza que tienen los originales. Nuestros antiguos no hallaban dureza en estos modos de explicarse; y nosotros tampoco la halláramos, si nos acostumbráramos á ellos, así como no la hallamos en la oración del *Padre nuestro*, cuando decimos: *Santificado sea el te nombre: Venza á nos el tu reino*; porque lo repetimos todos los días muchas veces. Á lo que se añade que aun los Portugueses, cuya lengua es un dialecto de la nuestra, no han querido que carezca la suya de esta propiedad y gracia.

Debo por último advertir que, siendo mi principal intento que el sagrado texto se pueda leer sin el menor tropiezo ni riesgo, y en conformidad asimismo de lo que sabia y santamente tiene dispuesto y mandado la Iglesia, he acompañado toda esta traslación de perpetuas notas, escogiéndolo todo aquello que pudiera servir para ilustrar y explicar mejor el sentido literal; pero sin olvidarme de dar de cuando en cuando el espiritual, atendiendo principalmente á lo que pertenece á la pureza de la doctrina y al arreglo de las costumbres. Para lo cual me he valido de las exposiciones de los santos padres, y de lo que han escrito los intérpretes católicos mas doctos y pios, copiándolos unas veces á la letra, reduciéndolos otras, ó entresacando lo que me ha parecido mas conveniente, y añadiendo aquellas reflexiones que podían servir para la mayor inteligencia del texto, y para que quedase corriente su lectura. Asimismo debo prevenir que, cuando se allegan los testimonios de los santos padres sin citar lugar determinado de sus obras, se entienda que se toman de la exposición ó comentarios del texto que se expone.

Faltas, cristiano lector, han sido todos mis miras, y á esto he encaminado todos mis esfuerzos, con el fin de que resulte en las almas de los fieles un copiosísimo fruto, que se logrará sin duda, si leen estos sagrados Libros con la devoción, humildad y respeto que les es debido. Como esto sea así, nada me importa pasar por la censura que querrán hacer de mi modo de pensar; antes bien para dar muestras nada equivocadas de la disposición en que me hallo en esta parte, quiero añadir aquí la protesta que se lee en el citado prólogo de los católicos ingleses del colegio de Rheims. Dicen para las palabras siguientes, y yo las repito con ellos: « Si hemos trabajado con « celo, y desempeñado felizmente el cargo y oficio tan delicado de traductores, no lo debe- « mos juzgar nosotros. Este juicio corresponde á la Iglesia de Dios y á nuestros superiores espi- « rituales, á quienes sujetaamos este y todos nuestros trabajos, para que en parte ó en todo los

« reformen, corrijan, alteren ó supriman; y los pedimos humildemente que nos perdonen, si « por ignorancia, temeridad, ó otra debilidad y flaqueza humana hemos desfigurado ó entendido « mal el sentido del Espíritu Santo en alguno ó algunos lugares de este bendito libro. Por lo que « á nosotros toca prometemos que, si descubrimos en lo sucesivo error ó errores en nuestra « traducción, ó si algun amigo ó enemigo nos los descubre, daremos gracias, y los corregiremos « en la edición inmediata, ó de otro modo que nos parezca mas oportuno, para remediar con « mayor brevedad el mal; pues solamente buscamos la verdad y la honra de Dios. »

§ VI.

LO QUE EN LA SEGUNDA EDICION SE HA PROCURADO ADELANTAR Y MEJORAR.

En la primera impresión, que se ha hecho de la traducción de toda la Biblia, se dan en este lugar las razones que hubo entonces para que saliese primero á luz el Nuevo Testamento. Pero como estas hayan ya cesado, hemos creído que se debía guardar en esta segunda el orden que tienen entre sí los Libros sagrados, y publicarse antes el Antiguo, dándole las mejoras posibles, con el fin de que cada vez aparezca mas esmerada, mas conforme al original, y mas acomodada á que todos la puedan leer con inteligencia, y con espiritual aprovechamiento de sus almas. No ignora la benigna acogida, con que generalmente ha sido recibida del público, y cuanto ha excitado los deseos del mismo, para que se repita su impresión. Pero, aunque todo esto es así, y aunque en la reimpression que está empezada, se procurará adelantar, y mejorar cuanto sea posible; esto no obstante, conozco que quedará muy distante de aquella perfección, que tanto conviene al primer libro de nuestra Religión, en el que es el mismo Dios el que habla á los mortales, para enseñarles y hacerles conocer su divina voluntad. Y por esta misma razón sería para mí de la mayor satisfacción y gusto, el que hubiese algunos que, alentados de un ardiente zelo, quisiesen concurrir conmigo, y aplicar sus tareas, para que nuestra nación poseyese con el tiempo una version de la Biblia, que no dejase nada que desear. Pero de esto trataremos adelante en la segunda disertación. Entiendo que nada sobraré de la mayor atención y desvelo que quiera emplearse, para que cuanto quepa en industria y diligencia humana, se deje ver sin mancilla y sin arrogancia. Sé que cuerpos enteros de varones doctísimos tomaron por su cuenta trasladar no toda, sino una parte de estos divinos Libros, y que, después de haber trabajado en esto con el mayor calor y empeño, quedaron por último descontentos de sí mismos, y con muy fundados recelos de no haber satisfecho á las obligaciones de fieles intérpretes de la divina Palabra. De las obras humanas, no hay ni una sola que no adolezca del achaque de defectuosas: solas las de Dios son las perfectas; pero de aquellas otras admiramos y aplaudimos las que se nos presentan con menos lunares y deformidad.

Por todas estas consideraciones parece justo que yo, en cuanto lo permiten mis facultades, encamine todas mis miras y pensamientos á que esta segunda edición se haga con todo el esmero y diligencia posibles, y á que se presente con algunos nuevos adornos, que le den mayor esplendor y lustro, pero adornos sencillos, cuales son los que mas convienen á la gravedad y majestad de la divina Palabra: quedando al mismo tiempo bien persuadido de que todo será muy poco, comparado con lo que en sí misma encierra, y por sí misma se merece. Para que todos la lean mas fúcilmente, y de mas fúcil uso, nos ha parecido conveniente publicarla en forma de octavo mayor, y en dos suertes de ejemplares; los unos, con el texto latino, para los que gusten tenerle á la vista y cotejarle con la version; y los otros sin él, para aquellos que no lo necesitan, porque no le atienden. Se ha atendido asimismo á que la calidad del papel sea sobresaliente, y las formas de los caracteres nuevas, hermosas y limpias; y se cuidará con el mayor esmero que la edición quede correctísima, y la interpretación tan puntual y fiel, que las palabras de esta, en cuanto pueda ser, correspondan ni mas ni menos á las del texto, pues este es el sistema que constantemente hemos preferido y seguiremos. En las notas se aumentarán algunas observaciones, que sirvan para dar nueva luz ó ilustración á aquellos lugares, que la necesitan, ó que puedan ser del caso para corroborar las doctrinas, que en ellas se propongan á se expliquen. Se pondrá la paráfrasis del libro de Job, de los Salmos, y de los Tírnos de Jeremías, que se omitió en la primera impresión por las razones que se apuntan en la adver-

Esta nueva edición, tomada de la tercera, se conforma á la letra en todo á la segunda, de que aquí se habla. — Los edit.

traccia que precede á los Salmos, y que ahora entiendo no debense negar al público, por las que daremos en la que precede al libro de Job. Yo deseaba que toda la Historia Sagrada se dejara adornada de competente número de láminas, abiertas con el mayor primor, en las que se representasen todos sus hechos principales; pero esta empresa, fuera de ser superior á mis fuerzas por su coste, sería igualmente por la misma razón de conocido gravamen para los compradores. Por tanto he creído que sería mas útil reducirlas á pocas, pero que pudiesen suplir por muchas: y por esto en el Testamento Antiguo, á mas de la portada que será alusiva á lo que en ella se figuraba, y que debía cumplirse en el Nuevo, y de un Mapa de la tierra de Chanaan, como estaba antes de entrar en su posesion el pueblo de Israel, daremos exactamente copiado y mejorado en todas sus partes el excelente de Christiano Adrichomio, en donde se pone á la vista como se hallaba después que fué repartida entre las doce Tribus, y con números se representarán viva y delicadamente dibujadas todas las mas notables acciones, que se refieren en sus respectivos lugares. A mas de señalarlas en cada una de las Tribus y con números distintos los nombres propios de los pueblos y ciudades, se dará en los índices generales una breve noticia de todo con remision á los Libros sagrados, y á los autores que de ello tratan, para lo que servirán de guía los mismos nombres y números que allí se leen. Al Testamento Nuevo acompañará otra portada alusiva al cumplimiento de lo figurado en el Antiguo, y un plan y vista de la ciudad de Jerusalem, con todas sus comarcas y pueblos circunvecinos, tomada del mismo Adrichomio, y un mapa de los viajes del apóstol san Pablo, que serán muy útiles para la inteligencia de los cuatro Evangelios, de los Hechos Apóstólicos, y de las Epístolas del mismo santo apóstol. Últimamente al fin de los dos Testamentos pondremos índices copiosos, con la mira de que sean de la mayor utilidad y conveniencia, para que todos puedan con su maneo hallar fácilmente lo que necesitan ó desean. Todo esto ya se ve que no es mas que añadir algunas pinceladas á este hermoso cuadro, en el que caben todos los primores, y todos los relices á que pueden entenderse la industria y capacidad humanas, asistidas de la divina gracia.

Pero antes de poner fin á esta Disertacion, no tengo por superfluo hacer aquí algunas series reflexiones, que deben estar profundamente grabadas en aquellos, que mantienen en su corazón algun zelo por la conservacion de la verdadera Religion y sólida piedad. Si tantos sudores y caudales se consumen en hacer ediciones las mas brillantes, y esmeradas de autores, cuyas materias y argumentos son enteramente profanos, lo que de ningún modo condenamos, sino en cuanto se les pretenda dar la preferencia, ó que se lleven la primera atencion; ¿qué gastos, qué tareas no serán bien empleadas en la de unos Libros todos divinos, y con los que todos los otros de ninguna manera pueden compararse, siquiera por respeto á su Autor, y á las profundísimas materias que en él se tratan? En unos Libros, que aun mirados por las calidades exteriores que los adornan, en los sucesos extraordinarios que allí se nos proponen, dejan muy atrás todo lo mas peregrino que se cuenta en todas las historias profanas, con la ventaja y prerogativa de la infalible verdad de cuanto en ellos se contiene? En unos Libros, que están llenos de pensamientos mas sublimes y de máximas mas sólidas, que cuantas nos dejaron los filósofos mas acreditados, que admiró y admirará el mundo en toda la serie de los siglos? En unos Libros, que deban ser el embeloso y delicias de todos los cristianos, y en los que para todo estado y calidades de personas se dan reglas con que pueden encaminar bien todas sus acciones y pasos, sin torcer ni á la diestra ni á la siniestra? Pongámonos pues de buena fe, y con ella ordenemos que, por mucho que hagamos en elevar exteriormente á esta divina Palabra que, venida del cielo, ha sido comunicada á los mortales, será todo muy poco al par de su interior hermosura, y de las incomparables dotes que tanto la ennoblecen, y que exigen de nosotros los mayores obsequios y veneraciones.

Si así lo hacemos, el Señor, por su infinita bondad y misericordia, nos comunicará una parte de las inmensas riquezas y tesoros, que se encierran en sus divinos Oráculos; y lo mereceremos sin dudar esta gracia, si con corazón sencillo, con espíritu de humildad, y cautivando como debemos nuestra razón y entendimiento en obsequio de la fe, los leemos y meditamos, pidiéndole que nos alumbre con su luz para entenderlos, y que no nos falte con sus eficaces auxilios para reformar nuestros juicios y nuestras costumbres, cuando veamos que no van enteramente conformes á aquello mismo que leyéremos. De esta manera arrancando todo lo vicioso que haya en nuestras animas, y reformándonos primero á nosotros mismos, podremos atender con seguridad á la reforma y edificación de nuestros prójimos, ayudados con nuestros consejos, exhortaciones, doctrinas y ejemplos. Nos arraigaremos mas y mas en una sólida piedad y religion, para hacer frente á la impiedad, irreligion y desenvoltura que en este desgraciadísimo siglo, mas que en cuantos le han precedido, se ha extendido como pestilencial cáncer, que corrompiéndolo é in-

diéndolo todo, ha penetrado hasta lo mas sagrado é íntimo del santuario, y con tan rápidos progresos, que no se ve por todas partes sino desfallecer la fe, apagarse la caridad, y réinar una general depravacion de costumbres; por manera que podemos justamente temer que todo ello sea un anuncio de la consumacion de los tiempos, que el mismo Señor nos declaró que había de ser precedida de estas señales tan terribles y funestas. Por tanto armandonos de verdadero zelo, empuémosle el escudo de la fe, y no demos lugar en nuestros corazones á máximas perniciosas y detestables que trastornen nuestro juicio, y echen por tierra las bases firmes, sobre que se apoya toda nuestra esperanza. Fuera de nosotros todos aquellos libros que bajo la apariencia de miel dulce y sabrosa ocultan hiel amarga, y un cruel y pestifero veneno con que matan. Fuera todo aquello que probado á la piedra de toque de la divina Palabra, interpretada segun el sentido y tradicion de la iglesia y de sus padres y doctores que constantemente han seguido nuestros mayores, y bajo del aparente brillo de oro puro, si se pone y reconoce á la luz de la verdad, al se examina al fuego y crisol de las sagradas Escrituras, se hallará ser todo escoria, y no para otro uso sino para ser arrojado y desechado con el mayor desprecio. Fuera las nuevas doctrinas en que, proponiéndose nos luz, vida y libertad, si somos lacantos en abrazarlas, nos hallaremos, cuando menos lo pensemos, envueltos en una miserable oscuridad, cercados de horroscas tinieblas, y sepultados en una muerte interminable. La verdadera libertad cristiana es en la que hemos de poner toda nuestra gloria. Arraigados en aquellas máximas fundamentales de discípulos Reles de Jesucristo, que se leen en su Evangelio, hemos de levantar el estandarte, para mostrar la mayor constancia y firmeza en oposicion, aunque sea á costa de nuestra sangre, á aquellos monstruos, que, convidándonos con otra muy mal entendida libertad, que debe su origen á una soberbia y malicia luciferina, pretenden hacernos perder aquel camino real, conocido y trillado, por el que la gracia del Señor nos hará llevar suavemente el yugo de su santísima ley hasta llegar al descenso de la eterna felicidad, herencia prometida y reservada para los espíritus humildes, y en la que no tendrán parte los hinchados y rebeldes, que trastornan las verdades directas de los divinos mandamientos, convirtiéndolas en tortuosidades y precipicios. Quiera el benigno Señor oír mis votos y bendecir mis tareas, que no tienen otro objeto que preservar á todos del contagio que por todas partes va haciendo tan espantosos estragos. Hago asimismo á todos por las entrañas de Jesucristo que, uniendo conmigo sus intenciones y ruegos, le invoquen con humildad y devoto corazón, para que haga cesar las terribles tribulaciones, y la desahocha tormenta con que permite que sea combatida la navecilla de su amada Esposa. A él sea la gloria, como al Rey de los reyes, y Rey de los siglos inamortal é invisible, Salvador nuestro amabilísimo, por quien todo bien se nos comunica, y á quien se debe toda virtud, toda bendicion, toda alabanza, y con mas especialidad en una obra mya y de su paternal Providencia, como es esta version castellana de la Sagrada Biblia.

Nota. Aunque en la edicion del texto latino parece que debiamos seguir la ortografia moderna bien fundada; esto no obstante hemos creído no debernos apartar, aun en esta parte, de la romana que Clemente VIII hizo publicar en 1592, y que señaló, para que fuese como original de las que debiesen repetirse andando el tiempo.

DISERTACION SEGUNDA

SI LAS VERSIONES PARAFRÁSTICAS Ó LIBRES DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS DEBEN PRETENDERSE Á LAS LITERALES; Y SI CONVENDRÁ QUE HAYA UNA Ó MUCHAS DE ESTAS EN UNA NACION CATÓLICA.

Hortor itaque venire eos cum benevolentia, et attentius studio lectionem facere, et ventum habere in illis, in quibus videtur, sequentes imaginem sapientia, defecere in verborum compositione. Nam deficiunt verba hebraica, quando fuerint translata ad alteram linguam. Non autem solum hæc, sed et ipsa Lex et Prophetæ ceteraque aliorum librorum, non parum habent differentiam, quando inter se dicuntur.

Amonéstos pues, que lleguéis con benevolencia, y que leáis este libro con muy atento cuidado, y que perdonéis en aquellas cosas, en que, siguiendo la imagen de la Sabiduría, parece que hemos desfallido en la contextura de las palabras; porque desfalliesen las palabras hebreas, cuando son trasladadas en otra lengua. Y no solo estas, sino también la misma ley, y los profetas, y las de los otros libros, no tienen pequeña diferencia cuando se comparan con la propia. In Eccl. Prolog.

INTRODUCCION.

En la Disertacion preliminar, que se halla al principio de esta obra § IV hemos tratado largamente del método, que deba preferirse para trasladar en lenguas vulgares los sagrados libros de las divinas Escrituras. Lo mismo hemos indicado también en la advertencia, que precede al Testamento antiguo, y en las notas al prólogo del Eclesiástico, de donde hemos copiado las palabras que se leen á la frente de este Discurso, como fundamento de las dos gravísimas cuestiones, que vamos á proponer, tratar y resolver. Excusamos repetir aquí lo que dejamos ya dicho en aquellos lugares, y nos contentaremos con añadir solamente algunas reflexiones sobre lo mismo, rogando muy encarecidamente á nuestros lectores que por el enlace y conexión que tienen entre sí estas doctrinas, lo tengan todo muy presente, y porque, si quedan persuadidos acerca de la primera, podrán resolver sin la menor dificultad por el mismo la segunda. El que se conviniere de que la traslación de las sagradas Escrituras debe hacerse con la mayor fidelidad, exactitud y conformidad, que pueda ser, con la letra, convendrá desde luego, en que cuando una de estas, acompañada de una exposición clara, proporcionada, legítima y ajustada al sentir de la Iglesia, de sus doctores, padres y expositores, puede ser de grandísima utilidad á una nación católica, otro tanto parece superfluo que se multipliquen en ella; pudiéndose tomar que de aquí se le originen los gravísimos daños, que han padecido otras, ó por haber mirado, y tratado esta materia con indiferencia, ó por haber creído que esto les podía ser útil y conveniente. Yo bien sé que en el día son pocos los que sienten conmigo, y en muy mayor número los que dan por asentado que será de mucha mayor ventaja que se multipliquen las versiones; porque de este modo, dicen, cada particular tendrá la libertad de poder escoger la que según su dictamen fuere la mejor. Confieso que esta manera de pensar, á primera vista, tiene todo el aire de mayor ventaja y conveniencia; pero el que libre de toda preocupación y animosidad, con el fondo necesario de ciencia y de piedad, y á la luz pura de la verdad lo examinare, concluirá que de esta libertad pueden nacer perjuicios muy considerables, como en todos tiempos lo ha acreditado la experiencia. Por esta razón, y porque tratamos unos puntos de suma delicadeza, me ha parecido que debo poner en claro los motivos, que en

todo tiempo se han mirado como poderosos para coartar esta libertad, y prevenir los peligros, que ha producido en cuantos los han despreciado, para que, reflexionado todo muy bien, concluyamos con el Apóstol. Rom. xii, 13: Que nos no conviene saber sino con sobriedad, y no mas de lo que nos conviene saber; y que en obsequio de Jesucristo, y de su fe, y para que se conserve pura, purísima entre nosotros, hemos de castigar nuestros entendimientos, II ad Cor. x, 5, conformándonos con el espíritu de la Iglesia, siguiendo sin torcer ni á la diestra ni á la siniestra sus sabies máximas, y observando puntual y escrupulosamente las prudentísimas reglas que tiene establecidas. A esto, y no á otra cosa va eucaminada toda la fuerza de este Discurso. En él alegaré primeramente lo que Dios mandó, y despues confirmé el mismo Jesucristo, en órden á que se conservase intacta su palabra escrita, y las providencias que en fuerza de esto tomaron los Judíos, para que no padeciese una mínima alteracion: y despues pasará á reforzar lo que la Iglesia siempre ha practicado, y quiere que por todos se practique para el mismo fin, tomando de todo ello razones y fundamentos para exponer mi dictamen, y resolver por último las dos cuestiones que ha propuesto.

§ I.

DIOS MANDÓ, Y JESUCRISTO CONFIRMÓ, QUE NADA SE AÑADIERE, NI QUITASE, NI MUDASE Á SU PALABRA ESCRITA. LOS JUDÍOS ATENDIERON SIEMPRE CON EL MAYOR CULO Á SU CONSERVACION.

Toda palabra de Dios, encendida como fuego, secada es para los que esperan en él. No añadirás cosa alguna á las palabras de él, porque no seas convencido, y hallado mentiroso. Proverb. xxx, 5. Quiero esto decir: Si, poniendo en Dios toda tu confianza, te apoyares en su palabra, y te cubrieses con ella, será para ti como un escudo impenetrable, con que podrás defenderte: y como una viva llama, que penetrará é inflamará tu corazón, porque toda ella encendida es como fuego. Pero guárdate de pretender temerariamente alterarla, porque no lo podrás hacer sin que merezas reprehension fu atrevisinto, y sin que quedes convencido de ser un falsario. Iguales á esta se hallan otras gravísimas cláusulas en el Deuterón. iv, 2; v. 32; xii, 32, y en otros libros de la Escritura, cuya exposición puede verse en sus respectivos lugares. Que esto debe entenderse no solamente de lo que tiene respecto al sentido formal de las palabras, sino también á las letras y ápices de que constaban, lo declaró el mismo Jesucristo, cuando dijo: *Hasta que pase el cielo y la tierra, esto es, el cielo y la tierra pasarán, pero no pasará de la ley ni una jota, ni una tilde, sin que todo sea cumplido.* Matth. v. 18. Léase lo que se dice en el Señor en esto quiso darte á entender que tendrían perfecto cumplimiento las menores cosas, que pertenecen á la moral, ó á las predicciones que miran á Jesucristo y á su Iglesia, ya sea en su ley, ya en los profetas; pero usando de la lengua, que entonces era vulgar y usual entre los hebreos por, *léase lo, --, toda una vez*, hemos de entender que quiso significarles la *lola*, que es la letra mas pequeña del alfabeto hebreo; y por *por más que una vez*, aquellos ápices que sirven para distinguir las letras semejantes. Los que tienen algun conocimiento del hebreo, saben que en las palabras hebreas, no se puede mudar, añadir ó quitar una *lola*, ó un *ápice*, sin que se altere el sentido que se contiene en ellas. Véase el Talmud Gerosolimitano, *Sanhedrin*, fol. 2, col. 3. Que esta fuese una voluntad y mandamiento expreso del Señor, lo acredita la constante y unánime tradición de la Sinagoga de los Judíos, y lo que estos practicaron en todos tiempos, para impedir por medio de cuantas diligencias y cautelas pueden haber en industria y providencia humanas, que en lo escrito de la ley y de los profetas, no hubiese ni pudiese haber la menor mudanza ó novedad. Es verdad que algunos, aunque sin sólidos fundamentos, han pretendido culparnos de haber introducido un texto supuesto del antiguo Testamento, y de haber intentado hacer con los Cristianos, aun en el mismo establecimiento de la religion, lo que sus mayores habían ejecutado ya con Ptolomeo rey de Egipto, para la traslación de los Libros sagrados en lengua griega. No me queda la menor duda de que se hubieran atrojado á cometer tal exceso, si hubieran tenido arbitrio para ello; pero ni lo tuvieron, ni lo pudieron tener. Porque primeramente en todas sus Sinagogas guardaban zelosamente un ejemplar de la ley y de los profetas, de la mayor integridad, y en el que por ningún título se consentía errata, omisión, borron, ni la menor mancha, que pudiese ofuscarlo. Los particulares para su uso privado procuraban á todo precio hacerse con copias, en que, á mas de la ley y de los profetas, se contenían los otros libros de la Escritura, las mas puntuales y correctas que podían hallar, como puede verse en *Mascheh*

Sopherim y en *Megillath*, y consta de las reglas, que con suma proflijidad y abstracción tenían establecidas para este fin.

Se junta á esto que, cuando en las Sinagogas se leía la ley ó los profetas, habia un zelador ó corrector, el cual estaba muy atento á que los lectores pronunciasen todas las palabras con suma claridad y distinción, sin dar lugar á que se omitiesen en ellas ni un solo sílaba: y esta exactitud en el pronunciar la fueron conservando de unos en otros por tradición, y fué tambien el principal fundamento para fijar después la lectura por medio de los puntos ó vocales que se añadieron. Todo lo cual demuestra la grandísima vigilancia, con que atendían á que se conservase el texto sagrado en toda su integridad. Vemos asimismo que, aunque Jesucristo y sus apóstoles dieron muchas voces en rostro á los Judíos de querer por medio de sus caprichosas y falsas interpretaciones y tradiciones eludir la fuerza de la ley, acomodándola á su gusto y paladar; pero en ningún lugar se lee que les arguyesen de haber mudado, en lo escrito de ella, ni una sola letra. Fuera de que, siendo en tanto número los ejemplares nada dudosos, que con tanto esmero se custodiaban en las Sinagogas, por estos solos necesariamente se habia de descubrir desde luego la menor depravación ó interpolación, que se intentase en el texto, á no ser que digásemos que de común acuerdo se pudo hacer esta en todos; lo que no es fácil de concebir, ni de acordar, quedando oculto. Porque ¿cómo podria ignorarse ó encubrirse, cuando, como, y por quien se habia hecho esta depravación general de los textos, mayormente habiendo abrazado la religion cristiana no pocos de las mismas Sinagogas, y no solamente de las del comun de ellas, sino tambien de los principales ó cabezas, que las gobernaban: y aun de los mas doctos que entre ellos se conocian, Josef de Arimathea, Nicodemo, Saulo y otros, y de sus mismos sacerdotes, con los que cada día se aumentaba en crecido número la Iglesia? Todos estos indubitablemente hubieran luego reconocido, descubierto y reclamado la falsificación.

Pero lo que á mí me quita toda duda sobre este punto, es, segun el pensamiento y reflexión de san Agustín, aquella altísima y particularísima providencia del Señor sobre su Iglesia; pues, habiendo de conservarla perpetuamente, quiso hacerla del depositaria de todos sus tesoros, misterios y secretos, que se contienen en las sagradas Escrituras, y entregáraslas entera é incorruptas, valiéndose para esto del ministerio y vigilante zelo de los mismos Judíos, sus mayores y mas implacables enemigos. Por lo que parece indubitable que el texto hebreo se conservó incorrupto hasta el tiempo de los apóstoles, y mientras los Judíos pudieron libremente frecuentar sus Sinagogas, para practicar en ellas la lectura de la ley y de los profetas.

Pues si esto es así, no me podrá replicar ¿cómo han podido introducirse en el texto hebreo tantas variaciones, como son las que se notan en los códices que se conservan, y conocemos en nuestros dias? La causa que para esto hubo, fué la dispersion total de los Judíos por todo el mundo en la última é irreparable ruina de Jerusalem. La misma suerte que tuvieron ellos, cupo tambien á los ejemplares de las divinas Escrituras, tanto á los que servian para el ejercicio público de la religion, como á los que tenian para su uso y lección privada en sus casas los particulares. Salvaron y llevaron de estos consigo los que pudieron, y que por esta razon quedaron reducidos á muy corto número; y de donde habiéndose sacado y multiplicado las copias en los tiempos sucesivos, necesariamente debían introducirse muchas variaciones, ya por haberse acabado su sacerdocio y culto público, y ya tambien por la ignorancia de los que copiaban el texto. Para cuya inteligencia, debemos estar advertidos que ya en los dias del Señor, y aun mucho tiempo antes, el hebreo puro era ignorado del comun del pueblo, que hablaba una mezcla de caldeo, syriaco y hebreo, y muchos no entendian, sino solo el griego, por haber olvidado, ó no haber aprendido su propio idioma. Por esta razon fué trasladado en griego el libro del Eclesiástico, y por la misma escribieron tambien los evangelistas sus Evangelios en griego, y tambien los apóstoles sus Epístolas. Ni se opone á esto la opinion bien fundada, de que S. Matheo escribió el suyo en hebreo; bien que algunos de los modernos sienten diversamente, pues la version en griego de este Evangelio (llamémosla así) es ya del tiempo de los apóstoles, y en ninguno de los padres primitivos de la Iglesia se alega, sino en griego, ó de la version del griego. Por lo que hago á la epístola de S. Pablo á los Hebreos, parece mas probable que la escribió desde luego en griego, por las razones que dejamos apuntadas en la advertencia á dicha epístola. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que el no conocerse ni usarse en hebreo ya desde los principios, ni el evangelio de S. Matheo, ni la epístola de S. Pablo á los Hebreos, prueba evidentemente la ignorancia de esta lengua, que reinaba en el comun del pueblo. Los Judíos iban tomando las lenguas de las naciones que les sujetaban á su dominio, y el hebreo

quedó aun entre ellos (lo que todavia no han perdido) como una lengua muerta, por tradicion de unos á otros, y en el uso solamente de sus Sabios y Rabinos. De estos dos principios, esto es, de la disminución y confusion de los ejemplares mas correctos, y de la ignorancia de los que fueron aumentando sus copias en los tiempos que se fueron siguiendo, han nacido las variaciones y diferencias que al presente notamos; bien que el Señor, por su alta misericordia y providencia, en medio de tantas vueltas y revueltas, no permitió que sucediese una mínima alteración, en cuanto á la substancia de las verdades, misterios y profecias, que se encierran en su divina Palabra, ni en el texto hebreo, ni en la traslación de los *xxx* por cuyo medio quiso el Señor que los Gentiles tuviesen noticia de la verdadera Religión, disponiendo que este divino libro fuese trasladado en griego. Véase sobre esto S. Clemente Alejandrino, *Strom.* pag. 124, y S. Agustín *Lib. 2 de Doctr. Christ.* Cap. 15. Y en prueba de esta verdad los apóstoles mismos, y los padres de los primeros siglos, tanto griegos como latinos, miraron la traslación de los *xxx* con tanto respeto, que la alegaron para confirmar con su autoridad los dogmas y doctrina de la Iglesia. Se atribuye tambien la diversidad que se nota entre el texto hebreo y la traslación griega, á la malicia de los mismos Judíos, que, teniéndose por el pueblo único que habia en la tierra, á quien Dios pudiese comunicar sus oráculos, y mirando á los otros como malditos é indignos de tener parte en la herencia del Señor, llevaban muy á mal que los Libros sagrados anduviesen en manos de incircuncisos, y en otra lengua que en la suya: y por esto interpolaron de propósito el texto del ejemplar ó ejemplares, que se vieron obligados á poner en manos del rey Ptolomeo, para quedarse con la gloria de poseer ellos solos el texto en toda su integridad y pureza. Sobre lo cual puede verse *Manuscript Sopherim*, Cap. 1. Esto es lo que hicieron los Judíos para conservar para sí intacta la palabra de Dios, de quien la habian recibido por medio de sus ministros y profetas. Veamos ahora lo que ha practicado la Iglesia, y quiere que se practique por sus hijos para el mismo fin.

§. II.

DELIMENAS QUE HA USADO LA IGLESIA PARA RESTITUIR LOS LIBROS SACRADOS EN CUANTO HA SIDO POSIBLE Á SU PRIMERA PUREZA.

Como la Religion cristiana ya desde su cuna se fué extendiendo rápidamente por todas las provincias del Imperio romano, y como en la mayor parte de estas, los dos lenguas, griega y latina, eran las que principalmente estaban en uso; ya muy desde los principios se hicieron del hebreo muchas traslaciones en griego, y con abuso y exceso un número sin número de otras en Italia, como nos lo dice S. Agustín, *de Doctr. Christ. Lib. II.* Cap. 2, y de aquí necesariamente, por las razones que hemos apuntado, debía nacer tanto mayor desórden, confusion y diferencia, cuanto fuesen creciendo mas las copias, y aumentándose los ejemplares. La Iglesia en sus primeros siglos, agitada de las mas terribles y violentas persecuciones, no pudo atender á stajar los daños que de este abuso habian de resultar, hasta que restituida la paz por Constantino, y después de haber asegurado los principales capitales de su crecén por medio de sus definiciones en varios concilios, para oponerse á los errores y herejías que se habian levantado, y hacian un grandísimo estrago en el rebaño del Señor; aplicó tambien sus primeros cuidados, á que el sagrado depósito de la divina Palabra, que habia sido entregado á su custodia, y que habia padecido tan grandes quebradas en la confusion que dejaban referida, fuese restituido á su primera y natural integridad para proponerlo á sus hijos, como una fuente clara, de donde todos sin temor pudiesen beber, y como un muro inexpugnable de todas las verdades y artículos fundamentales de la fe y religion que profesaba. Uno de los que mas señalaron su zelo en esta parte, fué el papa S. Damaso. Obra era esta, que, como toda suya, debía dirigir el Señor para bien de su Iglesia: y por esto le depuso un tan grande doctor como S. Jerónimo, dotándole de todas las calidades necesarias para el desempeño de tan grande empresa, y providenciando que quedase acreditado en todos los siglos por el primero y mas fiel intérprete de su Palabra, y como una lampara encendida en medio de ella, que sirviese de luz y guia á los que en los siglos venideros hubiesen de trasladarla ó exponerla. Este hombre incomparable, haciendo todo el uso de sus raras talentos, y aplicando los vastos y profundos conocimientos que tenia de casi todas las ciencias y lenguas eruditas, consultando á los hebreos mas famosos y doctos que entonces se conocian, teniendo á la vista los códices hebreos de mejor nota, y que su grande pericia le

habia entresacar de los pocos que habian quedado del uso antiguo de las Sinagogas, peregrinando y reconociendo por sí mismo todos los santos lugares, acompañado de hombres muy prácticos y sabios, que lo pudiesen informar de todo y aclarar sus dudas, se dedicó con el mayor tesón á trasladar del hebreo al latín todo el Testamento Antiguo, y á restituir el Nuevo á la fidelidad de los mejores códices griegos. Y de aquí se ha de tomar la exacta correspondencia de la Vulgata latina con los originales, y no de los códices que conocemos en nuestros días, que suponiendo sufrirían nuevas y mayores variaciones, y que no son ciertamente de aquellos que pudo tener el santo á las manos, como queda ya notado en la disertación preliminar. Y por estos mismos fundamentos hemos de creer que se movió S. Dámaso á acreditar esta traslación, mandando, por medio de una Decretal, que se leyese en la Iglesia y usasen de ella los católicos; y así fué recibida de común consentimiento por la Iglesia latina. Sabemos también que S. Gregorio el Grande la calificó de fiel en todo, y conforme con el original: que S. Isidoro afirmó que ya en su tiempo usaban de ella todas las Iglesias, y que por todas estas razones el Concilio de Trento, con preferencia á los textos hebreo y griego que ahora existen, la declaró justamente auténtica, mandando que se venerase como tal, y como regla infalible de la fe, y que no contenía cosa alguna contraria á la misma fe y buenas costumbres, y que por lo tanto se le debía dar entera creencia.

Para el mismo efecto de que se conservase en su mayor pureza, los papas Sixto V y Clemente VIII trabajaron con increíble zelo para que de la referida Vulgata se hiciese una edición la mas correcta que fuese posible, nombrando para esto los hombres mas eminentes en ciencia y doctrina que á la sazón se conocían: y á costa de un sumo estudio y vigilancia, se consiguió por último en la segunda edición romana de Clemente VIII el año 1593. Esta ha servido después de original á las otras impresiones, y es sin disputa la mejor que tenemos de la Biblia, aun por confesión de los mas doctos y menos preocupados protestantes. Es notorio también que se tuvo la misma mira para ordenar que la Biblia, y los otros Libros sagrados solamente se pudiesen imprimir en la Imprenta Vaticana, y la dificultad que halló el rey Felipe II para que se repitiese la impresión en Amberes. Merecen particular atención las cláusulas con que esto se concedió, y que pueden verse en la bula que para este fin se expidió. Por manera que los católicos, en fuerza de lo que llevamos alegado, deben mirar y tener á la Vulgata latina, no ya como una simple traslación, sino como un perfecto original en que se contiene la Palabra de Dios, digno por tanto de su mayor aprecio.

§ III.

ECONOMÍA Y CIRCUNSPESCIÓN QUE SIEMPRE HA USADO LA IGLESIA EN QUERER A PERMITIR LA LECTURA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS EN LENGUAS VULGARES, VERSIONES ANTIGUAS HECHAS POR LOS CATÓLICOS, Y OTRAS MAS MODERNAS POR LOS HEREJES PARA OPONERLAS Á LAS DE LOS HEREJES.

Y si la Iglesia católica se mostró tan zelosa respecto de una traslación de la Biblia en una lengua erudita, todo por satisfacer fielmente al encargo de mantener en su pureza aquel sagrado depósito, y precioso tesoro, que habia confiado á su custodia su divino y celestial Esposo, y suponiendo que solamente serviría para el uso y manejo de los mas instruidos y capaces, ¿cómo hemos de creer que mirarla con indiferencia su traducción en lenguas vulgares para uso común de los pueblos? Veamos, y examinemos cual ha sido su prudente circunspección y economía en esta parte. Es constante que al paso mismo que la religión cristiana se fué propagando, y estuvo ya de asiento en varias naciones, se hicieron diferentes versiones de la Biblia en sus respectivas lenguas vulgares, como dejamos notado, y puede verse en la citada Disertación preliminar, § III: y esto con el fin de que todos con la debida preparación de sus corazones, y con la necesaria exposición de sus pastores, pudiesen percibir mas de cerca las verdades de la Religión que habian abrazado, y la pureza de costumbres en que se habian de ejercitar. La Iglesia en tales ocasiones, como madre piadosa, que conoce las necesidades espirituales de sus hijos, y desea eficazmente acudir luego á socorrerlos, é igualmente que sabe, como, donde, y á quienes se deben repartir los dones y gracias del Señor y de su Esposo, acomodándose á las circunstancias de los tiempos, usaba de mayor ó de menor indulgencia en esta parte, no permitiendo generalmente lo que dañaba á los indignos por su mala disposición, ni condenando absolutamente lo que puede traer mucho provecho á los dignos; y tomando para esto las sabias

providencias que tuvo por convenientes, nunca prohibió enteramente las traducciones católicas de la Biblia en lenguas vulgares; pero tampoco concedió la publicación ó lectura de alguna de ellas sin sus limitaciones y excepciones.

Por esta misma razón ordenaron los célebres diputados del Concilio de Trento, y establecieron sobre esta materia lo mismo que deseaban antes muchos sabios: y su ordenación y determinación fué confirmada por la suprema autoridad, conviene á saber, que las santas Escrituras antes que estuviesen fieles y católicamente traducidas, sin embargo no pudiesen leerlas indistintamente todos, ni fuese permitida su lectura, sino á aquellos que tuviesen expresa licencia para hacerlo de sus legítimos ordinarios con buenos testimonios de los curas ó confesores de ser personas humildes, discretas y devotas, y de tales circunstancias, que pudiesen sacar mucho provecho y ningún daño de su lectura. *Index lib. prohib. Reg. IV.*

Esta sabia disposición es muy conforme á la práctica de los primitivos felices tiempos de la Iglesia: porque no nos hemos de imaginar que en los primeros siglos todo aquel que entendía las lenguas sabías en que se escribieron las Escrituras, ó los otros idiomas en que fueron después trasladadas, podía inculpablemente ó sin reprehensión leerlas, disputar sobre ellas, revolverlas y manejarlas. Ni habia antes de la invención de la imprenta medios tan fáciles, como ahora, para extender, y poner sus copias en manos de todos. Estaban estas en librerías, colegios é Iglesias: en las casas y en las manos de los obispos, de los presbíteros, y aun en las de algunas principales ó distinguidas personas segas, las cuales usaban de ellas con temor y reverencia, leyendo con particular atención aquellas partes ó capítulos que mas conducían á la buena vida y costumbres, no entrando en la profundidad de los misterios, ni en los lugares de mayor dificultad, porque todo esto estaba reservado para tratarse en la escuela ó en el pulpito, y esto se hacía con mucha moderación. Y de aquí resultaba el grande provecho que experimentaban las almas leyendo las Escrituras; porque buscaban en ellas las historias, que presentan señalados ejemplos y modelos de castidad, de humildad, de obediencia, de fortaleza, de clemencia, de pobreza y de menosprecio del mundo; notaban y meditaban con todo cuidado aquellos textos y pasajes, que infundían en sus corazones el odio del pecado, el temor de los juicios de Dios, y la alegría ó consuelo espiritual: y en los obscuros se sujetaban ó recurrían al sentir de los antiguos padres; sin atreverse jamás á discurrir, y mucho menos á contradecir ni enseñar segun su opinión y fantasía. Y para este fin emplearon sus grandes talentos y vigilias en traducir literalmente y con suma exactitud las sagradas Escrituras, los que en aquellos tiempos se aplicaron á una tarea tan importante y tan dichosa. Véase el Concilio de Trento; S. Jerónimo, *Epist. 103, cap. 6, ad Paulin., et in Proem. ad 4 Evang.*; S. Gregorio Nazianz. *De Moderat. in disput. arreanda*; S. Juan Crisóst. *Hom. 24 in Matth.*, y otros padres.

Los herejes y otros espíritus perversos, para desacreditar esta prudente economía de la Iglesia, declamaron contra ella, y gritaron libertad, diciendo que Dios dejó sus Escrituras para el uso y lectura libre de todos los hombres, y que los sacerdotes por envidia guardaban para sí este santo Libro, y se usurpaban el derecho de interpretarlo, siendo así que cada particular podía hacerlo, sin necesidad de otro. Y conforme á este modo de pensar, dictado por aquella misma astuta serpiente que engañó á nuestros primeros padres, cuando les sugirió que Dios les habia prohibido comer del árbol de la ciencia, para que no fuesen tan sabios como él, y semejantes al Altísimo: se entregaron á hacer y multiplicar versiones de la Biblia en lenguas vulgares, y sin respetar el verdadero y genuino sentido é inteligencia de la Iglesia, y de sus padres y doctores, la interpretaron arbitrariamente, forzando sus expresiones, para acomodarlas á su propio espíritu y capricho, con el fin de mostrar á los pueblos que en su autoridad tenían apoyo todos sus errores. Los católicos, al ver semejante desahucio, temeridad y arrojío, para oponerse por todas partes á la multitud de estas falsas é impías traducciones, ya desde el tiempo de Lutero la publicaron en los idiomas de casi todas las principales provincias de la Iglesia, con el fin de preservar á las almas que veían tan expuestas á ser seducidas por las prevaricaciones que habian hecho los herejes: porque en hecho de verdad, así como no hay libros mas perniciosos que los de semejantes versiones adulteradas y falsificadas, ni mas propios para emponzoñar al pueblo con pretexto de la autoridad divina; así también no se conoce medicina mas poderosa y eficaz contra este mal, que las que son verdaderas, fieles y sinceras, si se toma, y usa de esta remedio con orden, discreción y humildad. Los católicos, para, siguiendo el ejemplo y pasos de sus mayores, para hacer frente á una tan arrojada é intolerable osadía, se armaron constantemente á la letra del texto en sus traslaciones, y en su exposición no se apartaron un ápice del co-